

### INGLATERRA, TALLER DEL MUNDO

La **Primera Revolución Industrial** comenzó bajando por la segunda mitad del siglo XVIII y se consolidó a lo largo de las primeras décadas del siglo XIX. Su sede fue **Inglaterra**. Su punto de partida: El empleo de energía no animada (la energía del vapor a partir de la combustión del carbón y la presión hidráulica) para mover ingenios mecánicos (**máquinas**) capaces de realizar trabajos complejos. Su estampa económica: las factorías del hilado y del tejido de algodón (con máquinas como la Mule Crompton, la Spinning Jenny o el telar mecánico de Cartwright), las minas de carbón, el ferrocarril (la máquina de vapor sobre raíles), las factorías siderúrgicas con sus altas chimeneas, etc.

#### Cambio social

Dicha revolución en los procesos productivos trajo aparejada una verdadera **revolución social**: La sociedad se dividió -o, más bien, se desgarró- entre los poseedores de las factorías con máquinas (los poseedores de los medios de producción, en expresión marxista) y los poseedores de su fuerza de trabajo para gestionar esas máquinas. Comenzaba así una **explotación** del trabajo obrero a una escala inaudita, con jornadas extenuantes (de más de 15 horas diarias), explotación del **trabajo infantil** (en las minas y en las fábricas) y ausencia de **protección social** por parte del Estado (sin legislación laboral, sin derechos de sindicación, sin días festivos ni vacaciones pagadas, sin seguridad social).

#### Condiciones míseras

Con la Revolución Industrial nacía un nuevo tipo de trabajo: el **trabajo asalariado** en la fábrica. El salario daba apenas para comer y malvestir. El día en que se trabajaba se cobraba, el día en que no se trabajaba no había paga.

Con la salida del sol, el sonido de las **sirenas** conminaba a hombres, mujeres y niños a salir de sus humildes habitáculos para recorrer los caminos de las minas o de las **fábricas**, que eran establecimientos oscuros, húmedos y mal ventilados. Las jornadas ocupaban entre **doce y quince horas** cada día. El movimiento de las máquinas marcaba el ritmo de trabajo. Trabajaban **niños** desde los siete años, cobrando el 30% del salario de un adulto y con igual jornada. Cualquier protesta significaba el **despido** por parte del capataz.

Las **viviendas** de los proletarios eran muy pequeñas, apenas chabolas o barracas, ubicadas en barrios suburbiales, hacinados, insalubres y degradados, sin ninguna clase de alumbrado, cloacas o empedrado. La limpieza brillaba por su ausencia, enseñoreándose el hollín y el óxido de hierro. Todo se conjuraba para que las **enfermedades** infecciosas, como la tuberculosis o el cólera, se propagaran fácilmente sobre una población mal alimentada y agotada por el trabajo.

Los **proletarios** fueron llamados así por la abundancia de hijos que tenían, ya que cada hijo era un salario, aunque mísero. A la ruina física se unía la ruina moral y el **analfabetismo**, que alcanzaba las dos terceras partes de los hombres y más del 90% de las mujeres.

Hª del Mundo Contemporáneo. t.4 Cambios sociales  
LA PRIMERA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y DICKENS

Charles Dickens, “retratista” de la realidad social.

La estampa social de esta nueva situación es la que relata Charles Dickens en sus novelas: barrios suburbiales hacinados e insalubres, niños explotados que viven en la marginalidad, los caminos de las minas y de las fábricas, impregnaciones de hollín y de óxido de hierro, etc.

Con el tiempo, bajando por la segunda mitad del siglo XIX, los desastres sociales de la Primera Revolución Industrial se fueron paliando, a la vez que comenzaba la Segunda Revolución Industrial (basada en el petróleo y la electricidad, a la vez que se consolidaba la explotación del carbón y de los recursos hidráulicos).

En los inicios de la Segunda Revolución Industrial moría Charles Dickens (1870), que había conocido los rigores de la Primera, principalmente como testigo. El novelista británico no pretendía utilizar su narrativa como fuerza de choque contra el capitalismo industrial, sino sensibilizar a la opinión pública de lo desnaturalizado y obscenamente injusto del procedimiento, con fuertes dosis de sentimiento. Ganó en su tiempo el favor del público y hoy, doscientos años después, sigue siendo uno de los novelistas más leídos de la literatura universal.

